

COSAS QUE SÉ SOBRE MI ABUELO

1

A mi abuelo no le gustaba hablar del pasado. Lo que no es de extrañar, al menos en lo que nos atañe: el hecho de ser judío, de haber llegado a Brasil a bordo de uno de esos barcos abarrotados, de ser una de esas personas para las que la historia parece haber terminado a los veinte años, o a los treinta, los cuarenta, lo mismo da, una de esas personas a las que solo queda una clase de recuerdo, que vuelve una y otra vez y puede ser una cárcel peor aún que aquella en la que estuvieron.

2

En los cuadernos de mi abuelo no hay una sola mención a ese viaje. No sé dónde se embarcó, si consiguió algún tipo de documentación antes de salir, si tenía dinero o alguna pista sobre lo que encontraría en Brasil. No sé cuántos días duró la travesía, si hizo viento o no, si hubo alguna tormenta de madrugada o si le importaba siquiera que el barco se fuera a pique y su vida terminara de un modo tan irónico, en un oscuro torbellino de hielo y sin ocasión de figurar en ningún recuerdo más allá de una estadística, un dato que resumiría su biografía, engullendo toda referencia al lugar donde se había criado, la escuela donde había estudiado y todos los detalles que se habían sucedido entre su nacimiento y la edad a la que le tatuaron un número en el brazo.

A mí tampoco me gustaría hablar de ese tema. Si hay algo que el mundo no necesita oír son mis reflexiones sobre el particular. El cine ya se encargó de eso. Los libros ya se encargaron de eso. Los testigos ya lo narraron con pelos y señales, y hay sesenta años de reportajes, ensayos y análisis, generaciones de historiadores y filósofos y artistas que dedicaron sus vidas a añadir notas a pie de página a todo ese material en un esfuerzo por reafirmar una vez más la opinión que el mundo tiene sobre el tema, la reacción de cualquier persona ante la mención de la palabra «Auschwitz», así que ni se me pasaría por la cabeza repetir esas ideas si no fueran en algún momento imprescindibles para que pueda hablar también de mi abuelo, y por tanto de mi padre, y por tanto de mí.

Durante los meses previos a mi decimotercer cumpleaños, estudié para hacer el *bar mitzvah*. Dos veces por semana iba a casa de un rabino. Éramos seis o siete alumnos, y cada uno de nosotros se llevaba a casa una cinta de casete con pasajes de la Torá grabados y cantados por él. Teníamos que aprendérmolos de memoria para la clase siguiente, y aún hoy puedo entonar aquel mantra de quince o veinte minutos sin conocer el significado de una sola palabra.

El rabino vivía del sueldo de la sinagoga y de las aportaciones de las familias. Su mujer había muerto y no tenía hijos. Durante las clases, tomaba té con edulcorante. Poco después de empezar, cogía a uno de los alumnos, por lo general el que no había estudiado, se sentaba a su lado y le hablaba con el rostro

casi pegado al suyo, y le hacía recitar una y otra vez cada verso y cada sílaba hasta que el alumno se equivocaba por segunda o tercera vez, y entonces el rabino daba un puñetazo en la mesa, gritaba y amenazaba con no celebrar el *bar mitzvah* de ninguno de nosotros.

6

El rabino tenía uñas largas y olía a vinagre. Era el único que impartía aquellas enseñanzas en la ciudad y era habitual que, al finalizar la clase, nosotros nos quedáramos esperando en la cocina mientras él mantenía una charla con nuestros padres en la que les aseguraba que no poníamos suficiente interés, que éramos indisciplinados, ignorantes y agresivos, para luego pedirles un poco más de dinero. También era habitual que uno de los alumnos, a sabiendas de que el rabino era diabético y ya había estado en el hospital por ese motivo, que habían surgido complicaciones y los médicos habían estado a punto de amputarle una pierna, se ofreciera para servirle otra taza de té y en lugar de edulcorante le echara azúcar.

7

Casi todos mis compañeros de clase hicieron el *bar mitzvah*. La ceremonia tenía lugar un sábado por la mañana. El niño que cumplía años lucía un taled y lo invitaban a rezar con los adultos. Luego se celebraba un almuerzo o cena, por lo general en un hotel de lujo, y una de las cosas que más les gustaba a mis compañeros era untar con betún los pomos de las puertas. Otra era orinar sobre las toallas apiladas en los cuartos de baño. Otra, aunque solo ocurriera una vez, a la hora de cantar cumpleaños feliz, y aquel año consistía en mantear al homenajeado lanzándolo al aire trece veces, tantas como el grupo lo sujetaba al caer, como si fuera una red de seguridad de los

bomberos. Ese día, la red se abrió en la decimotercera caída y el homenajeado se desplomó de espaldas en el suelo.

8

La fiesta en la que eso sucedió no tuvo lugar en un hotel de lujo, sino en un modesto salón de fiestas, en un edificio sin ascensor ni portero, porque el homenajeado era becario e hijo de un cobrador de autobús al que alguien había visto vendiendo algodón de azúcar en el parque. No iba a clases de refuerzo de ninguna asignatura, nunca había acudido a ninguna fiesta, no había participado en ninguna pelea en la biblioteca ni estaba entre los alumnos que pusieron un trozo de carne cruda en el bolso de una profesora, ni mucho menos le pareció gracioso que alguien dejara una bomba detrás del váter, una bolsa de pólvora sujeta a un cigarrillo que se consumió hasta provocar la explosión. Al caer se dañó una vértebra, tuvo que guardar cama durante dos meses, usar un chaleco ortopédico durante unos cuantos meses más y hacer fisioterapia durante todo ese tiempo, después de que se lo llevaran al hospital y la fiesta se suspendiera en medio de una atmósfera de perplejidad general, por lo menos entre los adultos presentes, y uno de los que deberían haber sujetado a ese compañero era yo.

9

En una escuela judía, por lo menos en una como la nuestra, en la que algunos alumnos iban a clase con chófer, otros eran objeto de burlas durante años, y si a uno le escupían sobre la merienda todos los días, el otro se pasaba la hora del recreo encerrado en la sala de máquinas, y el compañero que resultó herido el día de su cumpleaños ya había pasado por eso los años previos, cuando lo habían enterrado repetidamente en la arena. Una escuela judía es más o menos como cualquier otra;

la diferencia es que te pasas la infancia oyendo hablar de anti-semitismo. Había profesores que se dedicaban exclusivamente a eso, a explicar las atrocidades cometidas por los nazis, que remitían a las atrocidades cometidas por los polacos, que a su vez eran reminiscencias de las atrocidades cometidas por los rusos, y en ese recuento podrían incluirse árabes, musulmanes, cristianos y lo que hiciera falta, una espiral de odio basada en la envidia de la inteligencia, la fuerza de voluntad, la cultura y la riqueza que los judíos tenían pese a todos los obstáculos.

10

A los trece años yo vivía en una casa con piscina, y en vacaciones visité Disneyland, me monté en la montaña rusa espacial, vi a los piratas del Caribe, asistí al desfile y a los fuegos, y luego visité Epcot Center, vi los delfines de Sea World, los cocodrilos de Cypress Gardens, los rápidos de Busch Gardens y los espejos vampíricos de la Mystery Fun House.

11

A los trece años yo tenía: una videoconsola, un reproductor de vídeos, una estantería llena de libros y discos, una guitarra, un par de patines, un uniforme de la NASA, una señal de «Prohibido aparcar» encontrada en la calle, una raqueta de tenis que jamás usé, una tienda de campaña, un monopatín, un flotador, un cubo de Rubik, un puño americano, una pequeña navaja.

12

A los trece años yo nunca había tenido novia. Nunca me había puesto enfermo de verdad. Nunca había visto a nadie morir, ni sufrir un accidente grave. La noche en que mi com-

pañero cayó de espaldas soñé con su padre, con sus tíos y abuelos que estaban en la fiesta, con el padrino que quizá ayudara a costear la celebración, y eso que no había más que un pastel de chocolate, palomitas, *coxinhas* y platos de papel.

13

Soñé muchas veces con el momento de la caída, un silencio que duró un segundo, quizá dos, un salón con sesenta personas y nadie dijo ni mu, era como si todos esperaran un grito de mi compañero, un gemido al menos, pero él se quedó tendido en el suelo con los ojos cerrados hasta que alguien dijo que nos apartáramos, que quizá se hubiese hecho daño, una escena que habría de acompañarme hasta que volvió a la escuela arrastrándose por los pasillos con el chaleco ortopédico bajo el uniforme, hiciera frío o calor, sol o lluvia.

14

Si entonces me hubiesen preguntado qué me había afectado más, si ver a mi compañero en aquel estado o el hecho de que mi abuelo hubiese pasado por Auschwitz, y cuando digo afectar me refiero a sentir de un modo intenso, como algo palpable y presente, un recuerdo que surge sin necesidad de evocar, habría contestado sin vacilar.

15

Mi abuelo murió cuando mi padre tenía catorce años. La imagen que tengo de él es la de media docena de fotografías, siempre con la misma ropa, el mismo traje oscuro, y el pelo, la barba, y no tengo la menor idea de cómo era su voz, ni si tenía los dientes blancos, porque nunca se le ve sonriendo.

No llegué a conocer la casa de mi abuelo, pero algunos de sus muebles, el sillón orejero, la mesa redonda, la vitrina, fueron a parar al piso en el que mi abuela se instaló después. Era un piso más adecuado para una viuda que salía poco, a lo sumo una vez por semana, para tomar el té en casa de una amiga, costumbre que mantuvo hasta que esta se trasladó a una residencia de ancianos donde pasaría cinco o diez años, período durante el cual se rompió una pierna, y luego la cadera, y tuvo por lo menos tres neumonías y un infarto y un derrame cerebral antes de morir.

Una vez acompañé a mi abuela a la residencia. Quedaba casi en las afueras de la ciudad. Las habitaciones olían a eucalipto, y en torno al edificio había una zona ajardinada con bancos y arriates con flores, y desde allí veíamos a las enfermeras y los familiares de los internos, algún que otro empleado uniformado, a veces a un señor sentado en una silla de ruedas motorizada y conectado a una bombona de oxígeno. Mi abuela y su amiga hablaron del culebrón, de la violencia en los diarios, de la gente en la calle cada vez más grosera, de los días de frío cada vez más largos, y en ningún momento de aquella conversación, ni de ninguna de las que mantuvo conmigo hasta que murió, más o menos como su amiga de la residencia, con la diferencia de que en su caso no hubo un infarto de por medio, el derrame que sufrió fue fulminante, lo que nos ahorró a todos verla en una cama durante la eternidad en la que alguien no habla ni se mueve, en ningún momento de su vida mencionó mi abuela a su marido, mi abuelo.

Bueno, a veces decía lo obvio, que mi abuelo hablaba poco, que dormía con un pijama de manga larga hasta en verano, que durante los primeros años de matrimonio solía hacer quince minutos de gimnasia al levantarse, y que en cierta ocasión se había caído de la escalera que usaba para subir a la buhardilla, y podría engrosar esta lista hasta completar veinte pinceladas, o treinta si me apuran, pero en ningún momento de aquellos años me contó lo esencial acerca de él.

En sus últimos años de vida, mi abuelo se pasaba todo el día en el despacho. Solo tras su muerte se descubrió lo que hacía allí, llenar cuadernos y más cuadernos con su letra menuda, y solo cuando leí aquellos manuscritos comprendí al fin por lo que había pasado. Fue entonces cuando su experiencia dejó de ser tan solo histórica, colectiva, referida a una moral abstracta, en el sentido de que Auschwitz se convirtió en una especie de hito en el que uno cree con toda la fuerza de su educación, de sus lecturas, de todos los debates que ha oído sobre el tema, de las posturas que ha defendido con solemnidad, de las vehementes condenas que ha hecho sin nunca haber sentido nada de todo ello como propio ni por un segundo.

Si tuviera que hablar de algo mío, empezaría con la historia del compañero que cayó en la fiesta. De cómo volvió a la escuela meses después. De cómo reuní valor para acercarme a él, para preguntarle algo en el pasillo mientras esperábamos

que empezara la siguiente clase, un comentario cualquiera sobre el control de la semana siguiente o la chaqueta del profesor, siempre llena de caspa, y de cómo él contestó a mi comentario, como si aquella fuera una conversación normal y corriente, como si cualquiera de los dos pudiera olvidar que él llevaba un chaleco ortopédico y cada vez que se levantaba era como si todos lo observaran para ver si caminaba de un modo distinto, con un paso algo más corto que el otro, un ritmo ligeramente irregular que lo acompañaría para siempre, a él y a cuantos estábamos en la fiesta.

21

Mi compañero se llamaba João, y a medida que nos fuimos acercando descubrí que: a) su padre vendía algodón de azúcar en el parque porque su sueldo de cobrador de autobús no le permitía llegar a fin de mes; b) su padre lo había criado solo porque la madre había muerto antes de cumplir cuarenta años; c) tras la muerte de esta, el padre nunca volvió a casarse, ni tuvo más hijos, ni tan siquiera una novia.

22

De João supe entonces que: a) nunca le había contado a su padre que lo enterraban en la arena cada día; b) le decía que no llamaba a ningún amigo para jugar porque prefería quedarse en casa estudiando; c) nunca achacó ninguno de los problemas que tenía en la escuela al hecho de ser gentil, no judío.

23

Mi escuela tenía fama de enviar a sus alumnos a las mejores universidades, y de sus aulas habían salido industriales, inge-

nieros, abogados. El padre de João creía que eso bien valía el sacrificio de matricular a su hijo en un sitio tan caro. Había un programa de becas, y acabaron concediéndole un ochenta por ciento de descuento en las cuotas mensuales. Aun así, tenía que trabajar de sol a sol para pagar la cantidad restante, además del uniforme, el material didáctico, el transporte.

24

El padre de João decidió celebrar los trece años de su hijo porque la familia nunca había dado una fiesta. A excepción de los cumpleaños infantiles, solo recibían a los parientes de tarde en tarde para tomar una cerveza, y por lo general João no invitaba a nadie aparte de un primo y un vecino del edificio que era cuatro años más joven que él. Sin embargo, puesto que João iba a una escuela judía, y en la escuela judía todos hacían el *bar mitzvah* al cumplir trece años, y en todas las fiestas se manteaba al homenajeadado trece veces, en una especie de ritual de iniciación por el que este se adentraba en el mundo adulto y se convertía, según la expresión hebrea que da nombre a la ceremonia, en «hijo del deber», por todo ello el padre convenció al hijo para que recibiera a toda la clase en el salón de fiestas del edificio donde vivía un cuñado suyo.

25

Yo me enteré de todo esto meses después, cuando ya frecuentaba su casa. Vivían en un edificio todavía más modesto que el del cuñado, en un lugar con las paredes desconchadas, lleno de cables a la vista, y ese día llegué al atardecer y João no estaba en casa. Había ido a pagar una factura, o a la oficina de correos, o al notario, alguna de esas cosas que hacía para ayudar en casa, y su padre me recibió y me ofre-

ció un vaso de zumo. Nos sentamos delante de la tele. Estaban dando las noticias locales. Nos quedamos allí un buen rato, sin decir nada, como casi siempre, pues hasta entonces no había intercambiado más de cinco palabras con él, y cuando el silencio se hizo más incómodo aún, y el culebrón más interminable aún, porque ya era casi de noche y su hijo tardaba una eternidad en volver, el padre de João empezó a hacerme preguntas sobre la escuela, sobre mi padre, sobre mi abuelo.

26

El padre de João me escuchó con la tele encendida, y era como si nada de todo aquello le interesara, porque seguía mirando hacia delante y, en los intermedios, cambiaba de canal. En uno de esos cambios, mencionó un programa con público en directo al que la gente iba a pedir dinero, desdentados, ciegos, sordos, repletos de heridas y quemaduras, y el padre de João dijo es absurdo que dejen salir a esa gente por la tele, es absurdo lo que hacen con ellos, es absurdo que el gobierno no tome cartas en el asunto, estoy harto de vivir en esta mierda de país. ¿No te parece que vivimos en una mierda de país? ¿Que aquí solo se hace mierda? ¿Que solo hay gente de mierda? Y entonces se levantó y apagó el aparato y empezó a hablar de sí mismo y de su hijo y de la vida hasta que de pronto me preguntó, con la misma rabia, mirándome a los ojos como si llevara mucho tiempo esperando aquel momento, si no me avergonzaba de lo que había pasado en el cumpleaños de João.

27

En una escuela como la mía, los pocos alumnos que no eran judíos tenían incluso privilegios. El de no asistir a clase de

hebreo, por ejemplo. O a la de cultura hebrea. En las semanas que precedían a las festividades religiosas, se les eximía de aprender las canciones tradicionales, rezar, ensayar las coreografías y participar en el sabbat, visitar la sinagoga y el Hogar de Ancianos, adornar la cuna de Moisés al son del himno de Israel, por no hablar de los campamentos del llamado «movimiento juvenil».

28

En los campamentos nos dividíamos en varios grupos, cada uno bajo la tutela de un monitor algo mayor que nosotros, y dedicábamos una parte del día a la clase de actividades habituales en este tipo de encuentros, la comida, el fútbol, los abrazos colectivos de unión, las gincanas con polvos de talco y huevos. Llevábamos tiendas de campaña, repelente antimosquitos, una marmita, una cantimplora, y me recuerdo escondiendo todo aquello que pudieran robarme en mi ausencia, una tableta de chocolate en el fondo de una bolsa de ropa sucia, un cargador de pilas entre las ortigas.

29

Por la noche nos separaban en dos grupos para practicar un juego llamado «ataque a la bandera». Uno de los grupos se camuflaba entre la vegetación y el otro se encargaba de la defensa, y de madrugada, en un descampado, formábamos pelotones que reproducían las estrategias de una patrulla de ataque, con brújula y columnas, lanzamiento y escalada, una simulación de lo que habíamos oído en las charlas de los monitores sobre la guerra de los Seis Días, la guerra de Independencia, la guerra de Yom Kippur, la guerra del Líbano.

Había otros alumnos gentiles en la escuela, pero ninguno como João. En cierta ocasión uno de ellos cogió a un compañero, lo arrastró a lo largo de cuarenta metros, le estiró el brazo derecho y le golpeó los dedos varias veces con una verja de hierro, y mientras este se retorció de dolor le cogió el brazo izquierdo e hizo lo mismo. João era distinto: el compañero le ordenaba que se quedara de pie y él se quedaba de pie. El compañero tiraba su sándwich lejos y él iba a buscarlo. El compañero sujetaba a João y lo obligaba a comerse el sándwich, bocado a bocado, y en el rostro de João no se adivinaba nada, ni rastro de dolor, de súplica, ninguna expresión.

Cuando el padre de João me preguntó si no me avergonzaba de lo que había pasado en la fiesta, podría haberle descrito esa escena. Podría haberle dicho algo más de lo que él esperaba, explicarle que pedí perdón a João cuando volvió a la escuela. En lugar de decirle cómo me sentí al enterarme de que João iba a recuperarse, que volvería a caminar y a llevar la misma vida de antes, y cómo eso hizo que la conversación fuera más fácil, como si el hecho de pedirle perdón borrara al instante todo aquello por lo que había pasado tras la caída, João allí tirado delante de su familia, sin poder respirar porque se había golpeado la espalda, João en la ambulancia y en urgencias y en el hospital, sin recibir una sola visita de sus compañeros, y más de dos meses en casa sin que ninguno de nosotros fuera a verlo, y de vuelta en la escuela sin que ninguno de nosotros se le acercara hasta el día que reuní valor para hacerlo, en lugar de todo eso podría haberle contado cómo me sentía viéndolo a João comiéndose el sándwich delante de su agresor, acabándose hasta el último trozo, y cómo este le pegaba de nuevo, detrás de un árbol en un rincón del patio, rodeado por un

pequeño grupo de alumnos que día tras día entonaba la misma cantinela.

32

La cantinela empezaba así: «Come arena, come arena». Era como un ritual, un incentivo, mientras João volvía el rostro e intentaba esquivar los golpes hasta que se rendía y abría la boca, el sabor caliente y áspero, la suela de una zapatilla en la cara, y solo entonces el agresor se cansaba y los gritos disminuían y dejaban a João hasta que este se levantaba, ya solo, todavía rojo, alisándose la ropa y cogiendo de nuevo la mochila y subiendo de nuevo la escalera como reconocimiento público de lo sucio, débil y despreciable que era.

33

Nada de todo ello impidió que se presentara en la escuela con invitaciones para su fiesta de cumpleaños. Las invitaciones a las ceremonias de *bar mitzvah* se mandaban imprimir en un taller de artes gráficas, en un tarjetón de cartulina con un lazo y en letras doradas, el nombre de los padres del alumno, un número de teléfono para confirmar la asistencia, la dirección a la que debían enviarse los regalos. Las invitaciones de João eran caseras, hechas con papel de carta, metidas en un sobre normal y corriente, escritas con rotulador. Las repartió en silencio, yendo de mesa en mesa, con dos semanas de antelación, e invitó a toda la clase de séptimo.

34

Aquel sábado me desperté temprano. Me vestí, fui hasta la nevera y me pasé la mañana en mi habitación. Me gustaba ver

la tele así, con la persiana bajada, la cama aún deshecha y las migas de pan esparcidas sobre la sábana hasta que alguien llamaba a la puerta porque ya era la una menos cuarto, y el resto del día consistió en: ir a comer a casa de mi abuela, acompañar a mi madre al centro comercial, donde me preguntó si el chico que cumplía años preferiría un pantalón corto o una mochila, una cartera o una camiseta, si le gustaba la música y sería feliz con un vale para la tienda de discos, y yo le contesté y esperé que pagara y que la dependienta envolviera el regalo, y aún pasamos por los juegos recreativos, donde jugué a las carreras y al billar electrónico.

35

Cuando llegué a la fiesta felicité a João. Le di el regalo. Puede que saludara a su padre, a algún familiar cercano, y es posible incluso que disfrutara de la fiesta como todos los demás invitados, que hasta me divirtiera sin revelar el menor asomo de nerviosismo, los cinco compañeros escogidos para formar la red de bomberos, a los que también saludé al llegar, con los que también charlé con normalidad, todos nosotros vestidos y preparados y unidos a la espera del pastel y el cumpleaños feliz.

36

No sé si participé en ello instigado por esos otros compañeros, y a estas alturas sería fácil echarles la culpa de todo, ni si en algún momento desempeñé un papel activo en el plan, si en los días previos tuve alguna idea, si hice alguna sugerencia, si de algún modo fui indispensable para que todo saliera exactamente según lo planeado, nosotros cinco cantando al unísono el verso final, «cumpleaños feliz», antes de acercarnos a él y cogerlo, una pierna cada uno, un brazo cada uno, yo sujetándole el cuello porque es la parte más delicada del cuerpo.

No sé si lo hice solo porque me veía reflejado en mis compañeros, João manteado una, dos veces, yo sujetándolo hasta que la decimotercera vez, mientras él aún subía, retiré los brazos y di un paso atrás, y vi a João detenido en el aire e iniciando la caída, o si fue al revés: si en el fondo, a causa de esa idea de los días previos, algo que yo hubiese dicho o una actitud que hubiese adoptado, aunque fuera una sola vez, aunque fuera delante de una sola persona, al margen de las circunstancias y las excusas, si en el fondo también ellos se veían reflejados en mí.

Porque, claro está, yo también usaba aquellas palabras, las mismas que llevaron al momento en que João se golpeó el cuello en el suelo, y no pasó mucho tiempo hasta que comprendí que mis compañeros se marchaban a toda prisa, diez zancadas hasta el pasillo y el vestíbulo y la calle, y de pronto estás doblando la esquina a la carrera sin mirar atrás y sin pensar que, si tan solo hubiese estirado el brazo, si tan solo hubiese amortiguado el impacto, João se habría levantado, y yo nunca volvería a ver en él, una tras otra, todas las cosas que había hecho durante tanto tiempo hasta acabar allí, la escuela, el recreo, la escalera y el patio y el muro en el que João se sentaba para merendar, el sándwich arrojado lejos y João enterrado y yo dejándome llevar por los demás, repitiendo aquellas estrofas, aquella cantinela, todos juntos y al unísono, la canción que uno canta porque es lo único que puede y sabe hacer a los trece años: «Come arena, come arena, come arena, gentil hijo de puta».